

Contra la impunidad

OTRAS VOCES
por Tomás Loewy

Si no conciliamos y documentamos, institucionalmente, las palabras con los hechos, seguiremos cautivos de los relatos.

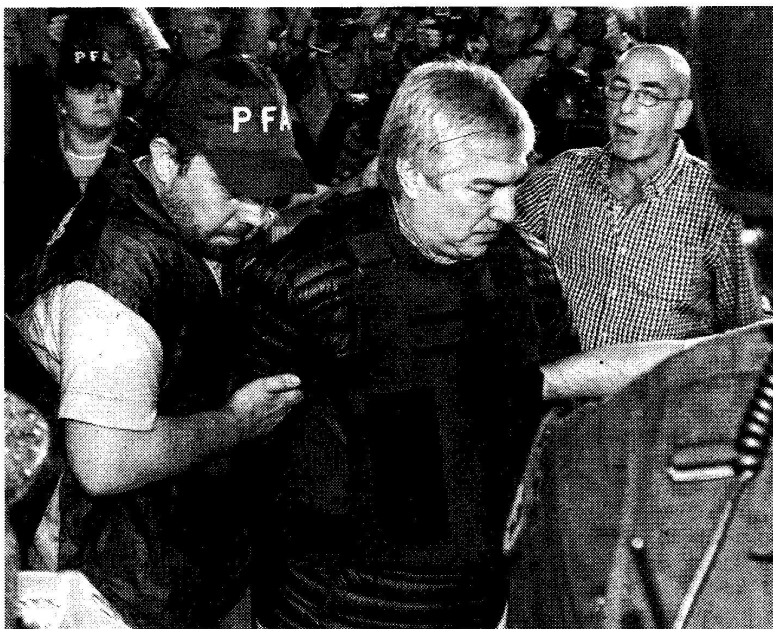
No tenemos una hoja de ruta ni una estrategia de país, a mediano y largo plazo. Solo respondemos a eventos dramáticos, que cobran vidas, en forma súbita o acumulada (gestión post mortem). Estamos en un estadio evolutivo de opciones, oportunidades o desafíos. Esto ocurre, a falta de un proyecto convocante que nos permita elegir, programar o realizar, desde la iniciativa propia.

Sin embargo, dentro de un panorama coyuntural crítico, la Argentina atraviesa un momento trascendente. Se activó la implosión de una herencia cultural, mucho más onerosa que la económica y en más de un sentido. El vector clave es una actuación de la justicia, aun tardía, a partir de investigaciones periodísticas.

Así aparece esta oportunidad, la de revertir una de las causas troncales de nuestra decadencia histórica, casi secular. Esto es, la falta de sanción a gobernantes y funcionarios -en tiempo y forma- por delitos inherentes a su función. Así como la última dictadura fue la más siniestra, la corrupción política 2003-2015 fue la más devastadora. Ambos procesos, salvando las distancias, tienen en común que las acciones fueron sistémicas y planificadas.

En el primer caso se proclamó, con todo éxito, un nunca más a estos dramáticos procesos y gobiernos de facto. Ahora se impone plasmar otro "nunca más", en este caso a la impunidad de la corrupción política. Es solo un primer paso, pero una condición necesaria para edificar república: el resto vendrá por añadidura. En esa línea, el código penal deberá actualizar las penas a la corrupción política, deliberadamente -hasta ahora- muy bajas.

Este tipo de emprendimientos, de toda la sociedad, amerita jerarquizar e internalizar componentes culturales, frecuentemente subestimadas. Hacerlo, nos permitirá evitar la acumulación de



urgencias futuras. Ya sabemos que las económicas, por antonomasia, son las más demandantes, aunque no las únicas. Difiriendo lo importante, los países funcionan a repetición, ya sea como farsa o como tragedia.

En ese marco, algunos diagnostican que se ha perdido la cultura del trabajo. Me temo, empero, que lo que más se perdió es el trabajo en la cultura. No se trata, simplemente, de responder a ciertas demandas: hoy necesitamos generar nuevas, ocultas y silenciadas por el poder corporativo global. Esto incluye, inicialmente, enfocar y recrear los problemas

ambientales y educacionales; privilegiar causas y sistemas sobre síntomas y sectores. También incorporar la sustentabilidad y resiliencia, operativa, en todas las actividades.

Muchas tareas, para dejar de ser un "cementerio de oportunidades" (perdidas) e inaugurar una agenda-país, en el mundo: para nosotros y en sintonía con la solución de problemas derivados del cambio global. La llave maestra para abordar esta y otras ideas culturales y políticas, es contar con un sistema judicial -eficiente e independiente- para viabilizar cualquier proyecto.

El grado de impunidad de la política, que hasta aquí sufrimos, ya no impacta solo en la república sino en la propia gobernabilidad. No hay posibilidad de encaminar la economía, en definitiva un síntoma, sin modificar este precedente. Esta insolvencia actual, es la principal limitante para implementar una transición previsible y más equitativa hacia otro desarrollo. Necesitamos muchos "nunca más" en Argentina, pero lo primero es lo primero y las oportunidades son dramáticamente declinantes.

"Dentro de un panorama crítico, la Argentina atraviesa un momento trascendente. Se activó la implosión de una herencia cultural, mucho más onerosa que la económica y en más de un sentido."



Tomás Loewy es ingeniero agrónomo. Vive en Bahía Blanca.